

luz omnipotente, es «La manera de vivir del pueblo norteamericano» (empleando una traducción más literal del título inglés). Ninguno de sus lectores podrá negar, después de leer la obra, que hay mucho de mala intención en ciertas afirmaciones que atribuyen hechos imaginarios e intenciones amenazadoras a un pueblo tan noble, tan sufrido y tan laborioso como el de Estados Unidos. No es mi propósito hacer propaganda a favor de ningún país determinado. Soy un amante de la Verdad, y, como tal, me complazco en buscarla y en expresarla sin temores, cuando tengo la felicidad de encontrarla.

«Vida del pueblo norteamericano» es un manual histórico tan ameno, que podría afirmarse con todo fundamento que no es una historia de los Estados Unidos, sino un cuento, cuyo protagonista principal es el pueblo «yankee», y cuyos personajes son innumerables; pero actúan todos movidos por un mismo fin primordial: Crear la grandeza de su Patria al amparo y por medio de la Libertad, la Igualdad, la Paz, el Trabajo y la Cultura.—JOSÉ MORCENSTERN E.



EL RÍO DEL TIEMPO, de don Samuel A. Lillo

PARA LA MEDITACIÓN.

«El Río del Tiempo» es el último libro poético publicado por don Samuel A. Lillo quien, en el transcurso de más de 40 años, no ha perdido sino ha acrecentado su devoción al arte y la belleza.

En efecto, en 1900, es decir en el año inicial y más glorioso para las letras chilenas, dió a la publicidad su obra primigenia con el sencillo título de «Poesías». Fué este el primer pedazo de la alta escala que había que levantar, tramo a tramo, para ascender a la culminación de su prestigio de poeta, hoy indiscutido.

Es don Samuel—como lo llamamos cariñosamente—el decano de nuestros portaliras y uno de los valores más sólidos en el grupo selecto de los que formaron la llamada *Generación de 1900*, la mayoría de los cuales partieron ya en el gran viaje sin retorno.

El, por gracia del destino y por galardón de su vida serena e inmaculada, ha quedado sobreviviendo como reliquia de un tiempo interesante y revolucionario en el arte.

De esta suerte, su labor poética ha sido fecunda y cada vez de mayor relieve y significación.

Al revés de otros poetas que en el decurso de su trayectoria han cultivado diversos géneros literarios, ávidos de encontrar la belleza y el renombre fuera de los lindes de la poesía pura, él no ha querido, deliberadamente salirse de los predios del gran saber, y, con constancia severa y sincero entusiasmo, ha querido ser poeta solamente. Más de una vez nos lo ha dicho: mi propósito ha sido siempre ser poeta puro.

Ahora nadie lo discute ni le regatea su mérito. Y ello es justo después de tantos años sin claudicaciones de ningún género, recto siempre en su ruta apolínea.

Si algunas variaciones pueden hacerse notar en su obra artística, ellas se refieren al acento y matiz de su poesía. Comenzó siendo un portaliras descriptivo y épico. En este sentido, cantó a la raza aborígen en su libro *Canciones de Arauco* (1908), el cual conserva y conservará siempre una frescura de sabor clásico, no porque sus formas se asemejen a las modalidades del tiempo que así se denomina en las letras hispanas, sino porque encarna esos valores espirituales y éticos de que hablamos nosotros en una ocasión, en una conferencia que dictamos en el Ateneo de Santiago. Porque la poesía—dentro de su desinterés práctico o docente—involucra siempre, en la sugestión de su belleza, un aliento vivificante que impulsa al Bien, a la Verdad, a la Justicia...

Posteriormente a «Canciones de Arauco», don Samuel A. Lillo publicó su *Chile Heroico* (1911), con el que afirmó su entonación épica y que en seguida rubricó con una serie de poemas de índole descriptiva, los cuales merecieron siempre los primeros premios en las justas poéticas en que fueron en demanda del reconocimiento y del laurel codiciado.

Por igual manera, otras obras de nuestro bardo se distinguieron siempre por su objetivismo y su realidad.

Pero esta manera de su temperamento, que mostraba un alma recia de poeta, había de eclipsarse con el tiempo, para dar paso a otra que guardaba recóndita en su ser espiritual.

La vida con sus experiencias dolorosas había de despertarla y traerla de sus reconditeces a la superficie, en una floración de sensitivas y anémonas. El poeta se hizo subjetivo, nostálgico, elegíaco y místico.

Y es que en este mundo transitorio nadie se escapa de las horas de dolor y de desengaño. Entónces las contexturas más enhiestas y resistentes se doblan como los árboles centenarios al paso de la tormenta desatada... Es el momento de la reflexión honda y de la filosofía interrogadora. El alma, sacudida en sus cimientos, se pregunta: ¿A qué tanto afán?... ¿Para qué esta lucha sin tregua contra las fuerzas del mal y de la muerte, que a la postre son siempre vencedoras?...

Un sedimento amargo sube del fondo de la conciencia. El pensamiento se torna como una paloma herida a la vida interior y sentimiento. El poeta, quiera o no, se hace meditativo, ensoñador, doliente.

Don Samuel A. Lillo no podía eximirse de esta ley ineluctable, por muy templada que fuese su voluntad y muy seguras sus disciplinas estoicas. Primero fué el fallecimiento de la compañera de su vida, que supo comprender al vate y endulzar sus horas de fatiga. Este gran dolor cuajó en la obra *Fuente Secreta*, en la cual las composiciones todas están veladas de una

niebla gris de melancolía y de un matiz violeta de nostalgias evocadoras.

Como un minero que penetra al fondo de su mina olvidada y se encuentra de súbito con un filón de oro puro, así nuestro vate se entró por las galerías interiores de su yo, y encontró una fuente callada que vertía una agua cristalina, blanda y tenue. Abrevó en ella y su alma se serenó con una serenidad de resignación, de recuerdo y de religiosidad. Desde entonces fué el poeta emotivo, transparente y delicado quien, siguiendo por el sendero triste, ha llegado ahora a las márgenes de «El Río del Tiempo» . . .

ELEMENTOS ESTÉTICOS DE LA POESÍA.

La poesía fué siempre creadora. No por otra razón la palabra poeta significa en griego creador.

El bardo, como un mago, coge las cosas que impresionan sus sentidos y allá en su mente, por una química de la fantasía y del sentimiento, las transforma y las devuelve al exterior como algo nuevo vestido de gracia y de belleza.

Empero, así como toma de fuera sus elementos estéticos, otras veces lo toma de su mundo interior, en donde, en el curso de la existencia del apolonida, fueron acumulándose tantas y tantas experiencias de todo orden y de todo matiz.

Y por tal modo bullen y pugnan por salir a la vida física que el poeta no puede desentenderse de ellas y las levanta de su penumbra a la luz de la verdad y del sentimiento. Es el momento en que se hace lírico, emotivo, razonador, filosófico.

En manera alguna en este punto del proceso psicológico se hace cerebral, como diría Martínez Sierra. Nosotros diremos intelectualista, en el sentido de que la inteligencia ahoga y reprime la emoción. No. Rueda en la zona del sentimiento y se llena de serenidad.

El dolor y el desengaño hacen de crisol y de alquitara. Purifican. Limpian. Acendran. Y surge esa poesía del corazón, como la de don Samuel, que es como una dulce fontana que glugluta a la sordina en el silencio blanco de una noche lunada.

Entonces la existencia humana con todas sus complicaciones, con todas sus beligerancias, con todos sus desastres y con todas sus apariencias halagadoras, se miran como cosas lejanas que se van en un horizonte indeciso, en que la bruma vespéral confunde la tierra con el cielo.

Es el instante en que se llega al Río del Tiempo...

FILOSOFÍA ANTIGUA.

Ciertos pensadores antiguos, en la aurora del pensamiento especulativo, bajo los cielos azules de la Hélade civilizadora, fueron los primeros que llegaron a las riberas de este Río del Tiempo que canta nuestro poeta.

Tratándose de explicar el principio de las cosas, la causa primera y la naturaleza del ser, dieron con él al construir sus cosmogonías.

El primero fué Heráclito de Efeso que ya en el siglo VI antes de nuestra era vió fluir todas las cosas como un caudal que corre sin cesar, Nadie se baña—decía—dos veces en el mismo río.

A la postre, filósofos como éste eran también poetas, Sin los rigurosos métodos de la ciencia moderna, sin la sequedad de una experimentación pacientemente repetida, sin instrumentos de comprobación para verificar sus observaciones y atisbos, intuyeron y soñaron sus aciertos.

Eran, pues, poetas como más tarde Pitágoras que, con los ojos puestos en la majestad de los cielos y en el esplendor de los astros, creía escuchar la música de las esferas. Bello sueño apolíneo de sus versos dorados, que fué el escabel para lanzarse por los campos de las matemáticas puras y formular esos

principios y teoremas que no han perdido su actualidad, no obstante las nuevas geometrías que, haciendo abstracción de los postulados de Euclides, han construido matemáticos modernos y han comprobado que lo absoluto es sólo posible dentro de lo relativo.

¿Qué otra cosa fué Platón, el que dijera que a los poetas había que expulsarlos de la ciudad si bien con los honores que merecían?... Cuando levantó en el pórtico de su Academia aquel rótulo que advierte: No entre aquí el que no sepa la geometría; cuando en torno de las mesas de un banquete, sus comensales, reclinados en triclinios, dialogan acerca de los problemas más abstractos y eternos, él no es más que un poeta que, juntamente con sus convidados, se ha puesto a las orillas del Río del Tiempo.

La vida sigue fluyendo, fluyendo siempre, y el ver su corriente hace pensar en lo perecedero de las cosas humanas, en la fugacidad con que huyen las alegrías que gozamos, los placeres que esperamos y cómo después de acordados dan dolor, como dijera el elegíaco Jorge Manrique.

El Río del Tiempo ha estado siempre frente a nosotros; pero nuestra vida moderna va tan de prisa, tan agitada, que no lo podemos ver, ni oír en el rumor de su caudal.

Los científicos modernos han incorporado la existencia humana a la teoría del movimiento y de la velocidad. Todo es fuerza que impulsa y subordina y gira como los astros en las altas constelaciones; lo que, al fin de cuentas, es también acercarse al Río del Tiempo.

Con todo, a la postre, los más endurecidos a la emoción, han claudicado en el momento último y han exclamado: Sólo el amor es bello.

Y es que el amor—y no nos referimos al que es impulso de la carne frágil,—es en sí hermosura, contemplación de la Verdad Eterna, que en el poeta se hace anhelo de perfección, caridad cristiana, ansia de justicia, esperanza en el más allá.

Para Platón la geometría significaba moral, anhelo de perfección...

Ahora bien, se llega a este Río del Tiempo por el camino que ha seguido nuestro poeta don Samuel A. Lillo, que es el mejor en la vida profana, y al cual alcanzan los que tienen el alma predispuesta para la bondad y la belleza.

En tales, la filosofía de la vida se convierte en una amable resignación, en una religiosidad mística—porque hay religiosidades que no lo son—en una comprensividad de las flaquezas humanas y en un noble perdón para las ofensas, los odios y los rencores. Por eso el poeta dice en una de sus composiciones: «Cuando siento que de sorpresa—alguien me hiere al pasar—una voz interior me dice:—Ya no te empeñes en luchar—no hostilices a tu enemigo—ni le devuelvas mal por mal—porque el Talión es ley suprema—que no quiere juez terrenal—ella gobierna por sí sola—el universo espiritual—quien hace el bien, recibe el bien—quien hace el mal, recibe el mal...»

Para llegar a este conocimiento de la ley del Talión, que por cierto no es la del pueblo judío, sino la del universo moral, se necesita un espíritu selecto de observación, alquitarado en el desengaño, en la injusticia y en la persecución. Es la ley cristiana que ordena amar a los enemigos y perdonar los agravios...

BREVE EXÉGESIS.

«El Río del Tiempo» es un libro poético que no puede estudiársele someramente. Comprenderlo y estimarlo es hacer una exégesis. Y no porque él necesite una interpretación zahorí como la que efectuaban los comentaristas bíblicos. No. Es porque la poesía que contiene fluye de la vida interna y es profundamente sugerente.

San Agustín decía: *In interiore homine habitat veritas.* Lo

que expresado en lenguaje corriente quiere decir: «en el interior del hombre está la verdad»,

Ahora bien, cada persona posee su verdad, «la suya propia», dicho pleonásticamente, que se forma con el acervo de sus experiencias y reflexiones y se ilumina y cobra vida tangible cuando se la da a conocer a los demás. Empero para comprenderla es necesario interpretarla o si se quiere, sentirla.

Veamos, por caso, una composición de nuestro poeta cuando dice; «Llevado por la mano—piadosa del dolor—después de tantos días pasados en la inercia—he penetrado ahora—en mi huerto interior...»

He aquí un fenómeno interesante. El vate entra en su reino interior llevado por el sufrimiento, el gran maestro de la sabiduría. Creemos que no es común el hecho de que por el dolor se vuelva el pensamiento a la vida íntima con una contricción casi mística, como lo hace don Samuel A. Lillo.

El burgués o filisteo, si lo hace, es para rebelarse, para protestar y para increpar al destino o a la fatalidad. Se necesita, pues, un temperamento bondadoso y comprensivo para tomar una actitud de renunciamiento y de elevación espiritual.

Nuestro portalira desconoce que ha descuidado su predio en el que se ven manchones de cardo y de zarzal; pero promete al Señor que, en adelante, desdeñando el amor de las cosas terrenas, lo labrará con creciente fervor, para que odios o rencores se truequen en nardos y rosales, etc...

Esto es bello y admirable poéticamente. Acusa una humildad religiosa y un anhelo de perfección. Lo que se corrobora y rubrica en la composición «Quién», en que el poeta se pregunta: «Si soy hecho de materia inerte—sólo de polvo y cieno—¿quién me puso estas alas invisibles—de ilusiones y ensueños—esta intuición divina—de lo bello y lo bueno—y esta inquietud íntima que vivir me hace en un eterno anhelo—en una ansia creciente—de espiritual mejoramiento?...»

Y en la respuesta que se da él mismo, llega a contestarse que es el Ser Supremo, el Creador de la belleza y de la bondad.

Alguien pudiera alegar que esto es una vieja verdad, pero el valor no está en la verdad misma sino en el modo de sentirla, en su sinceridad diáfana, en su sencillez religiosa. Nada hay nuevo bajo el sol, dice el Eclesiastés.

Es la unción, la gracia del temperamento que se transparenta como a través de claro cristal. En esto de decir las cosas bellas ocurre lo mismo que con los trajes o las casas. Unos y otras requieren los mismos materiales, empero nadie—particularmente entre las mujeres—quiere tener un vestido igual a otro. Las residencias igualmente se construyen con líneas y formas diferentes. Todo depende de los gustos, del refinamiento, del sentido estético de cada cual.

Por otra parte, las verdades se renuevan, se transforman y por fin suceden a otras. Esto hablando en sentido relativo. Porque si se quiere pensar en lo absoluto, no habría más que una inefable e indiscutible: Dios.

Y lo cierto es que el hombre en estos tiempos prosaicos y trágicos que nos han tocado vivir, se ha olvidado de Dios y de toda espiritualidad. Obsedido de ansias terrenas, acosado de egoísmos, soberbio de sus conquistas mecánicas, ha esterilizado las fuentes de su espiritualidad. Diríase que ha perdido el sentido de la belleza y ha olvidado que la poesía es la escala por la cual se sube a la altura en que colocamos al Creador de todo.

Y don Samuel, poeta al fin, ha subido por esa escala luminosa, para sentirse transportado fuera del Río del Tiempo. De aquí que él mira la corriente como algo que se aleja y se aparta, para especular con sus sentimientos más íntimos, con sus ensoñaciones más líricas y con un sincero despego de las materialidades del mundo.

De aquí que todas sus composiciones hablan de bondad, de comprensión, de justicia, de caridad a la manera cristiana y

se cierne en un plano etéreo y azul donde flotan nébulas de recuerdos y de nostalgias.

Ahí están, vamos por caso, esas dos composiciones que se titulan: «Yo también fui como vosotros» y «El rincón de los poetas», en que el bardo desnuda su alma de todo egoísmo, como particularmente en la primera y se entrega a una melancólica remembranza en la segunda.

Pudiera alargarse indefinidamente este comentario a la obra poética de don Samuel, porque cada composición como un pomo concentrado de esencia, contiene un mundo de sugerencias y de verdades, de bellezas y de matices. Y por esta razón la hemos estimado como una poesía filosófica, nunca hasta ahora cultivada en Chile, en una forma tan honda y emotiva, con una unidad de idea y de sentimiento que pudiera estimarse todo el libro como un hermoso poema subjetivo.

Don Samuel, pues, puede decir como pocos que ha llegado serenamente a ese Río del Tiempo inacabable, ornada su frente con el laurel apolíneo y con hermosas rosas en las manos.

En la Grecia antigua, él tendría derecho a sentarse al lado de los grandes servidores de la república y merecer sin discrepancias la veneración y el respeto de los jóvenes y el bien del Estado.—HUMBERTO BÓRQUEZ SOLAR.